

kurt vonnegut
jr.

la
pianola



La tecnocracia ha subido al poder y gobierna un mundo encasillado al que divide en tres partes: la fábrica, donde están las máquinas; la zona residencial, donde habitan directores, ingenieros y funcionarios; y los caseríos donde vegetan los marginados y parias del sistema, a los que nada falta pero se les niega el derecho a sentirse útiles.

Por medio de pruebas para establecer el coeficiente intelectual de cada sujeto, y a través de una selectividad feroz, a todo ser humano se le asigna, desde temprana edad, el puesto que le corresponde en esta sociedad.

Una civilización que indica a un gato dónde, cuándo y cómo ha de cazar un ratón; en la cual los automóviles ni siquiera les falta hablar; donde los ingenieros son incapaces de arreglar la más sencilla avería que suponga trabajo manual y, cuando diseñan una máquina que pueda cumplir con la tarea que ellos mismos desempeñan, son despedidos porque ya no hacen falta.

Es un mundo deshumanizado. La primera revolución industrial devaluó el trabajo muscular, la segunda hizo lo mismo con la tarea mental y rutinaria, y la tercera ha devaluado el pensamiento: los ordenadores electrónicos lo realizan mejor.

Los entusiastas de la ciencia ficción se apresurarán a incluirla entre sus libros favoritos, pero *La pianola* es mucho más que una novela de ciencia ficción.

*A Jane
que Dios le bendiga*

*Contemplemos los lirios en el campo,
Cómo crecen, se esfuerzan y se yerguen;
Y recordemos que ni Salomón con toda su gloria
Lograría un ornato comparable...
(San Mateo, 6,28)*

Advertencia

Este libro no trata de lo que sucede sino de lo que podría suceder. Los personajes están modelados en personas que aún no han nacido o, quizás en el momento de escribirlo, en quienes son niños todavía.

Se refiere mayormente a ejecutivos e ingenieros. En este instante de la Historia, 1952, nuestras vidas y libertades dependen en gran parte de la capacidad, la imaginación y la valentía de nuestros ejecutivos e ingenieros y yo espero que Dios les ayude a ayudarnos para que todos sigamos vivos y libres.

Pero este libro es sobre otro momento de la Historia cuando no haya más guerras y...

1

Ilium, en el estado de Nueva York, se compone de tres sectores: en el noroeste están los directivos, los ingenieros y funcionarios civiles, así como unos pocos profesionales; en el noreste están las máquinas, y en el sur, en la otra orilla del río Iroquois, es la zona conocida localmente como Homestead, donde vive casi toda la gente.

Si se dinamitara el puente sobre el Iroquois, pocas rutinas se verían perturbadas. No mucha gente, a ambas orillas, tiene razones, aparte de la curiosidad, para cruzar.

Durante la guerra, en centenares de Iliums a lo largo y ancho de Norteamérica, los directivos y los ingenieros aprendieron a arreglarse sin sus hombres y mujeres, quienes fueron al frente. Fue el milagro que ganó la guerra: la producción casi sin personal. En la jerga de la orilla norte, fue el conocimiento técnico el que ganó la guerra. La democracia debió su vida al conocimiento técnico.

Diez años después de la guerra —después de que los hombres y mujeres regresaran del frente, después de que se encaralara a miles y miles con las leyes contra la obstrucción—, el doctor Paul Proteus estaba acariciando a una gata en su despacho. Proteus era la persona más importante y brillante de Ilium, el director general de Ilium Works, aunque sólo tenía treinta y cinco años. Era alto, nervioso y moreno, con el buen aspecto gentil de su largo rostro distorsionado por las gafas de armazón oscura.

En ese momento no se sentía ni importante ni brillante; ni se había sentido desde hacía tiempo. Su principal preo-

cupación en ese instante era que la gata negra se sintiera contenta en su nuevo ambiente.

Aquellos suficientemente viejos para recordar y suficientemente viejos para competir decían con cariño que el doctor Proteus era idéntico a su padre cuando joven. Era bien sabido, con resentimiento en algunos círculos, que algún día Paul llegaría tan alto como su padre en la organización. Su padre, el doctor George Proteus, era en el momento del fallecimiento, el primer director nacional industrial y comercial de Comunicaciones, Alimentación y Recursos, cargo de una importancia sólo comparable a la del presidente de los Estados Unidos.

En cuanto a las posibilidades de que los genes Proteus pasasen a otra generación, éstas eran prácticamente nulas. La mujer de Paul, Anita, su secretaria durante la guerra, era estéril. Con toda ironía, él se había casado con ella después de que ella afirmara que estaba embarazada con seguridad, después de una liberal celebración oficinesca de la victoria.

—¿Te gusta, gatita?

Con cuidado y placer vicario, el joven Proteus pasó un rollo de planos por el lomo de la gata.

—Mmmmmmmmm-aaaaah, bueno, ¿eh?

La había visto por la mañana, cerca de la cancha de golf, y la había recogido como cazadora de ratones para la fábrica. La noche anterior, un ratón se había introducido en el sistema aislante por un alambre de contacto y había dejado momentáneamente fuera de funcionamiento a los edificios 17, 19 y 21.

Paul se dirigió a su intercomunicador.

—¿Katharine?

—¿Sí, doctor Proteus?

—Katharine, ¿cuándo va a pasar a máquina mi discurso?

—Lo estoy haciendo ahora, señor. En diez o quince minutos, se lo prometo.

La doctora Katharine Finch era su secretaria y la única mujer en Ilium Works. En realidad, era más un símbolo de rango que una verdadera ayuda, aunque era útil como reemplazante cuando Paul se enfermaba o se iba temprano del trabajo. Solamente los amos —los directores de fábricas para arriba— tenían secretarías. Durante la guerra, los directivos y los ingenieros habían descubierto que el trabajo de secretaría se podía hacer, como la mayoría de trabajos comunes, de forma más rápida y eficiente y barata con máquinas. Anita estaba a punto de ser despedida cuando se casó con Paul. Ahora, por ejemplo, Katharine estaba siendo muy poco máquina y, en consecuencia, resultaba molesta. Perdía el tiempo y no hacía el discurso de Paul mientras hablaba con su presumido amante el doctor Bud Calhoun.

Bud, que era el superintendente de la terminal de petróleo en Ilium, sólo trabajaba cuando llegaban o salían cargamentos en barcasas o por el oleoducto se pasaba casi todo el tiempo libre entre estas crisis, como ahora, llenándole los oídos a Katharine con la euforia de su dulce acento de Georgia.

Paul se puso la gata en los brazos y la llevó a la inmensa ventana que hacía de pared.

—Muchos y muchos ratoncitos por allá, Kitty —dijo.

Le mostraba a la gata el viejo campo de batalla, ahora en paz. Allí, en la cuenca de la curva del río, los mohawaks habían derrotado a los algonquinos, los holandeses a los mohawaks, los ingleses a los holandeses, los norteamericanos a los ingleses. Ahora sobre los huesos y las estacas y las flechas y las bombas de los cañones podridos, había un triángulo de edificios de acero y cemento, de casi un kilómetro por lado; era la sede de Ilium Works. Donde los hombres una vez se pelearon y chillaron entre sí y también lucharon sin elementos contra la naturaleza, ahora las máquinas zumbaban y trepidaban y chasqueaban y producían piezas para coches de niños y tapones de botellas, motoci-

cletas y refrigeradores, aparatos de televisión y triciclos: los frutos de la paz.

Paul levantó la mirada por encima de los techos del gran triángulo hasta el brillo del sol sobre el río Iroquois, y más allá, hasta Homestead, donde aún vivían tantos nombres de los pioneros: Van Zandt, Cooper, Cortland, Stokes...

—¿Doctor Proteus?

—¿Sí, Katharine?

—Ocurre de nuevo.

—¿Tres en el edificio 58?

—Sí, señor; de vuelta está prendida la luz.

—Pues bien. Llame al doctor Shepherd y averigüe lo que está haciendo al respecto.

—Hoy está enfermo, ¿recuerda?

—Entonces me toca a mí, supongo.

Se puso el abrigo, suspiró con aburrimiento, recogió la gata y entró en la oficina de Katharine.

—No te levantes, no te levantes —dijo a Bud, que estaba echado en un sofá.

—¿Quién se iba a levantar? —preguntó Bud.

Tres paredes de la habitación estaban llenas de contadores, desde el zócalo a las molduras; la única interrupción eran las puertas que daban a la sala exterior y al despacho de Paul. La cuarta pared, como en el despacho de Paul, era un único panel de cristal. Los contadores eran idénticos, del tamaño de un paquete de cigarrillos, y colocados como ladrillos, cada uno rotulado con una placa brillante de latón. Cada uno estaba conectado a un grupo de máquinas de algún lado de Ilium Works. Una brillante joya roja llamaba desde el séptimo contador, contando desde abajo, en la quinta fila a la izquierda, en la pared que daba al este.

—Oh, oh, de vuelta con problemas; el número tres en el 58 tiene rechazos, muy bien —echó una mirada al resto de los instrumentos—. Supongo que eso es todo, ¿eh?

—Nada más que ése.

—¿Qué vas a hacer con esa gata? —preguntó Bud.

Paul castañeteó los dedos.

—Eh, suerte que lo preguntaste. Tengo un proyecto para ti, Bud. Quiero un instrumento de señales que le indique a esta gata dónde puede encontrar un ratón.

—¿Electrónico?

—Ojalá.

—Se necesita alguna especie de elemento sensorial que pueda oler a un ratón.

—O a una rata. Quiero que trabajes en eso mientras estoy fuera.

Cuando Paul caminaba hacia su coche bajo el pálido sol de marzo, se dio cuenta de que Bud Calhoun *tendría listo* un diseño de alarmas para ratones, uno que pudiera comprender una gata, para cuando regresara a la oficina. A veces Paul se preguntaba si no hubiera estado más contento en otra época de la Historia, pero no había dudas de que Bud era feliz viviendo ahora. Por lo general, se consideraba que una mentalidad como la de Bud era peculiarmente norteamericana, desde el instante del nacimiento de la nación: la visión y la imaginación incansables y erráticas de un inventor de artefactos. Ésta era la culminación o algo muy próximo, de generaciones de Bud Calhouns, con casi toda la industria norteamericana integrada en una estupenda máquina.

Paul se detuvo ante el coche de Bud, que estaba estacionado al lado del suyo. Bud le había mostrado varias veces sus características especiales. Con ganas de jugar, Paul las puso en funcionamiento.

—Vamos —le dijo al auto.

Se oyó un zumbido y un clic y se abrió la puerta.

—Adelante —dijo un magnetófono debajo del tablero de instrumentos. Se puso en marcha el motor y se encendió la radio.

Cautelosamente, Paul tocó un botón en la columna de dirección. El motor zumbó, los cambios gimieron levemente.

te y los dos asientos delanteros se tumbaron lado a lado como amantes dormidos. A Paul le parecieron tan sorprendentes como la mesa de operaciones para caballos que había visto una vez en el hospital veterinario, donde al caballo se le llevaba al lado de la mesa vertical, se le ataba a la misma, se le anestesiaba y luego lo ponían en posición operatoria en la mesa, que se colocaba horizontalmente. Pudo ver a Katharine Finch cayendo, cayendo, cayendo mientras Bud, la mano en el botón, canturreaba.

—Adiós —le dijo al coche.

El motor se detuvo, la radio dejó de funcionar y la puerta se cerró de un golpe.

—No aceptes monedas de madera —le gritó el coche mientras Paul se subía al suyo—. No aceptes monedas de madera, no aceptes monedas de madera, no aceptes...

—¡No lo haré!

El coche de Bud guardó silencio, aparentemente tranquilo.

Paul condujo por el ancho y limpio paseo que cortaba la zona industrial y miró los edificios al pasar. Una furgoneta, tocando la bocina y con sus ocupantes saludándole, pasó en dirección contraria, haciendo juguetones zigzags por la calle desierta, rumbo a la entrada principal. Paul miró su reloj. Era el segundo turno que acababa de salir del trabajo. Le molestó que ese buen humor adolescente estuviera correlacionado con la clase de jóvenes que se necesitaban para hacer funcionar la planta. Con cuidado, se aseguró a sí mismo que cuando Finnerty y Shepherd habían llegado a trabajar en Ilium Works hacía trece años los dos habían sido más adultos, menos fanfarrones y, por cierto, sin las ínfulas de pertenecer a una selección.

Alguna gente, incluso el famoso padre de Paul, había hablado en los viejos tiempos como si los ingenieros, los directivos y los científicos fueran una aristocracia. Y cuando la guerra estaba en ciernes, se reconoció que únicamente el conocimiento técnico norteamericano era la respuesta a

las fuerzas multitudinarias del enemigo; y se habló de hacer refugios más profundos y fuertes para los poseedores del conocimiento, y de mantener alejados del frente a esta crema de la población. Pero no muchos se habían creído del todo esta idea de una selección. Cuando Paul, Finnerty y Shepherd se graduaron en la universidad, a principios de la guerra, se habían sentido como gallinas por no ir a pelear y humillados por quienes lo hacían. Pero ahora este asunto de los elegidos, esta afirmación de superioridad, esta sensación de justicia con respecto a la jerarquía rematada por directivos e ingenieros, era una noción que formaba parte de todo graduado universitario y que no se ponía en duda.

Paul se sintió mejor cuando entró en el Edificio 58, una estructura larga y estrecha de cuatrocientos metros de largo. Era uno de sus favoritos. Le habían ordenado que demoliese y reemplazase el fondo norte del edificio, pero había convencido al Centro de Dirección de que no se hiciera. El fondo norte era el edificio más antiguo de la planta y Paul lo había salvado debido al interés histórico que tenía para los visitantes, según le había explicado entonces al Centro de Dirección. Pero, en realidad, no quería ni le gustaban los visitantes y había salvado la parte norte del Edificio 58 para sí mismo. Era el taller mecánico original instalado en 1886 por Edison, el mismo año en que abrió otro en Schenectady; visitarlo aliviaba los períodos depresivos de Paul. Era un voto de confianza en el pasado, pensaba; el pasado admitía allí lo humilde y pobre que había sido; allí, uno podía mirar lo viejo y lo nuevo y comprobar que realmente la humanidad había hecho un largo camino. Paul necesita reasegurarse de tiempo en tiempo.

Objetivamente, según Paul trataba de convencerse, las cosas eran mejor que nunca. De una vez por todas, después del gran baño de sangre de la guerra, el mundo era verdaderamente ajeno a los terrores antinaturales: el hambre masiva, el encarcelamiento en masa, el asesinato multitudinario. Objetivamente, el conocimiento técnico y el or-

den mundial estaban teniendo la oportunidad, tan largamente demorada, de convertir a la Tierra en un sitio totalmente placentero y conveniente para permanecer en él hasta el Juicio Final.

Paul deseaba haber ido al frente y haber oído el tumulto y el estruendo absurdos, y visto los heridos y los muertos y quizás haber recibido una esquirla en la pierna. Quizá podría comprender lo bien que ahora estaban las cosas por medio de la comparación; vería lo que les parecía tan claro a los demás: que lo que él estaba haciendo, lo que había hecho y haría como directivo e ingeniero era vital, más allá del reproche, y que, en verdad, todo eso había creado una época dorada. Últimamente, su trabajo, el sistema y la política de organización, lo dejaban molesto, aburrido o irritado.

Hallábase en la parte vieja del Edificio 58 que ahora estaba ahíto de máquinas de soldadura autógena y un banco de cintas de aislación. Le tranquilizó contemplar los cabrios de madera, desparejos, con antiguas marcas de azuelas debajo de lechadas desprendidas, y las aburridas paredes de ladrillo blando, lo suficientemente blando como para que los hombres —sólo Dios sabe cuánto tiempo hacía— grabaran sus iniciales: «KTM», «DG», «GP», «BDH», «HB», «NNS». Paul se imaginó por un momento —como a menudo se imaginaba durante sus visitas al Edificio 58— que era Edison, de pie en el umbral de un solitario edificio de ladrillos, sobre la ribera del Iroquois, con el frío norteño azotando al sorgo en el exterior. Los cabrios aún tenían las marcas de lo que Edison había hecho con el solitario granero de ladrillo: los agujeros de pernos mostraban dónde, en un tiempo, los ejes habían llevado electricidad a un bosque de correas; y el suelo de bloques de madera estaba negro con el aceite y gastado por las patas de las groseras maquinarias que las poleas habían hecho funcionar.

En la pared de la oficina, Paul tenía una foto del taller tal como había sido al principio. Todos los empleados, la

mayoría de ellos reclutados de las granjas vecinas, habían estado hombro con hombro entre los bastos aparatos para sacarse la fotografía, casi fieros en su dignidad y orgullo, ridículos con sus cuellos duros y sus sombreros hongos. Apparentemente, el fotógrafo estaba acostumbrado a sacar fotos de equipos atléticos y organizaciones fraternales, porque el retrato tenía ese aire tan de boga en esos días. En cada rostro había una promesa desafiante de fortaleza física y, al mismo tiempo, estaba la actitud de una orden secreta, por encima y aparte de la sociedad, en virtud de su participación en ritos importantes y emotivos que los demás sólo podían imaginarse. E imaginarse mal. El orgullo en esa fortaleza y en ese importante misterio se veía tanto en los ojos de los hombres de limpieza como en los de los maquinistas e inspectores, y en los del capataz, quien era el único sin la bolsa del almuerzo.

Sonó un timbre y Paul se puso a un lado del corredor mientras la máquina de barrer las basuras traqueteó en sus vías, levantó una nube de polvo con sus escobas giratorias y chupó la nube con su hocico voraz. La gata en los brazos de Paul, clavó las uñas en el traje de Paul y siseó a la máquina.

A Paul le empezaron a molestar los ojos con una sensación de cosquillas y se dio cuenta de que había mirado el brillo y el chisporroteo de la soldadura autógena sin ninguna protección. Se colocó gafas oscuras encima de sus anteojos y caminó rodeado por el olor antiséptico de ozono que hacía el grupo de tornos número tres, que estaba en el centro del edificio, en la parte nueva.

Se detuvo un momento en el último grupo de autógenas y deseó que Edison pudiera estar con él para verlo. El anciano se hubiera encantado. Dos planchas de acero fueron sacadas de una pila, enviadas traqueteando por un canal; recogidas por manos mecánicas y empujadas bajo la máquina de fundición autógena. Las cabezas caían, chisporroteaban y se elevaban. Una batería de ojos eléctricos e in-

falibles estudiaban la unión de las dos planchas, enviaban al contador en la oficina de Katharine la señal de que todo estaba bien en el grupo cinco del Edificio 58, y las planchas soldadas se iban por otro canal hacia las fauces de otro grupo de prensas en el sótano. Cada diecisiete segundos, las doce máquinas en el grupo completaban el ciclo.

Mirando la longitud del Edificio 58, Paul tuvo la impresión de que era un inmenso gimnasio, donde escuadras innumerables practicaban una calistenia de precisión —meneos, giros, saltos, empujes, agitaciones—. Paul amaba este aspecto de la nueva era: las máquinas en sí eran entretenidas y encantadoras.

De paso, abrió la caja de mandos para el grupo autógeno y vio que las máquinas estaban arregladas para funcionar durante tres días más. Después, se apagarían automáticamente hasta que Paul recibiera nuevas órdenes de la dirección y dejara todo en manos del doctor Lawson Shepherd, que era segundo jefe y responsable de los Edificios 53 a 71. Shepherd, que hoy estaba enfermo, pondría entonces en funcionamiento los mandos para una nueva serie de aparatos de refrigeración; la cantidad sería estipulada por EPICAC, una computadora sita en Carlsbad Caverns, de acuerdo con lo que pudiera absorber la economía.

Paul, calmando a la gata nerviosa con sus largos y finos dedos, se preguntó con indiferencia si Shepherd realmente estaba enfermo. Probablemente no. Lo más posible era que estuviera visitando a gente importante y tratando de que lo sacaran de la esfera de Paul.

Shepherd, Paul y Edward Finnerty habían llegado a Ilium cuando jóvenes. Ahora Finnerty había pasado a cosas más importantes en Washington; a Paul le habían dado el cargo máximo en Ilium; y Shepherd, resentido y criticón, pero eficiente, había sido humillado, en su opinión, al ser nombrado segundo jefe de Paul. Las transferencias eran decisiones tomadas en las altas esferas y Paul esperaba con ganas que Shepherd consiguiera una.